

más reflexiva de la propia escritura y el uso de un instrumento verbal capaz de asumir, en su libérrima apertura, todo un abanico de inquietudes contemporáneas: la filosofía existencialista, la violencia colombiana, la revolución cubana.

De ahí el interés de Jorge Gaitán Durán por el erotismo, el trasfondo histórico y filosófico con que Eduardo Cote Lamus (1928-1964) contempla el erosionado paisaje de *Estoraques* (1963) historiando, por así decir, la naturaleza, o los aportes con que Fernando Charry Lary (1920), Héctor Rojas Herazo (1921) o Fernando Arbeláez (1924-1995) adensaron sus voces; en una indagación más desnuda del ser humano.

Dentro de este grupo de *Mito* Rogelio Echavarría (1926) con la publicación de *El Transeúnte* (1964), hizo del prosaísmo urbano una nueva vía de exploración creativa. La vendedora de periódicos, los dilemas del soldado, la tertulia de los jubilados y la ceniza de cada día, impregnaron líneas escuetas que no desdeñaban el humor, o los juegos de palabras, ni la emotividad de un contenido sentimentalismo, todo ello en el arco de amor y muerte que es característico de su oficio. Por ello la poesía de *El transeúnte* mostraba su capacidad de sintonía con un país de ciudades –Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla, Bucaramanga, Cartagena, Pereira– que si bien se urbanizaba, todavía cargaba el lastre de consuetudinarios arcaísmos. La soledad del hombre de hoy en día se hacía visible y la vinculación de Rogelio Echavarría, durante tantos años, a los afanes periodísticos, contribuyó a otorgarle ese carácter sobrio, de lacónica secuencia, a sus noticias poéticas:

Todas las calles que conozco
son un largo monólogo mío,
lleno de gentes como árboles
batidos por oscura batahola.
O si el sol florece en los balcones
y siembra su calor en el polvo movedizo,
las gentes que hallo son simples piedras
que no sé por qué viven rodando.

Dos años después de la publicación de *El transeúnte*, Mario Rivero (1935) publica *Poemas urbanos* (1966) donde la temática propuesta por Echavarría se torna aún más crapulosa y cotidiana, como si cierta intensidad deliberadamente poética que caracterizaba al lenguaje de *Mito* como grupo se prosificase, despojado aparentemente de toda metaforización perceptible.

Escritura directa y muy influida por los poetas norteamericanos, se nutría aún más de la actualidad periodística: estrellas de cine, bomba atómica, muerte de Porfirio Rubirosa. Se tornaba más deliberada en su aceptación del mal gusto, la música popular y el peso del cuerpo, con sus olores, humores y pesadumbres, tal como lo había revelado, con genésica hambre de encarnación, Héctor Rojas Herazo desde sus primeros libros de la década del 50.

Así Rivero buscaba asumir en el *collage* y la elegía –por Simón Bolívar, por el Che Guevara– esas urbes descosidas que como Bogotá y Medellín, por su crecimiento caótico e indetenible, se convirtieron en perversos focos de atracción de una emigración campesina. Emigración que los desquició aun más con sus cinturones de pobreza y el doloroso recuerdo de una violencia, primero bipartidista y luego generalizada, que había despoblado los campos, tan inseguros como las mismas calles citadinas del desempleo y la mendicidad.

De ahí que Héctor Rojas Herazo escriba un conmovido «Responso por la muerte de un burócrata» y Mario Rivero exalte a prostitutas y truhanes. Ambos trataban de lograr que la desangelada mitología urbana adquiriese héroes y heroínas. O más bien: antihéroes.

También resulta curioso comprobar cómo la poesía no secundaba el aparente progreso de la modernidad ni tampoco el de los falaces índices de desarrollo. Su símbolo no era la flecha sino la espiral que volvía sobre sí misma, en ediciones no mayores de 1.000 ejemplares, en cerrado circuito que se retroalimentaba a sí mismo, el circuito de las efímeras y sin embargo incorregibles revistas literarias y algo más ampliado de los suplementos literarios poco a poco convertidos en *magazines* de variado contenido.

Por ello muchos poetas encontraron refugio en la docencia universitaria y a la marginación bohemia siguió la marginación del catedrático. Una universidad que parecía inevitable pero que no resultaba ser forzosamente necesaria: siempre semejaba extinguirse entre las restricciones económicas y los enfrentamientos políticos.

La lectura de un poeta como José Manuel Arango (1937), fiel a esa docencia, nos revela su aguda recepción de un país en llamas. Si bien los cadáveres en las calles obstaculizan el paso, es la visión de las montañas como una referencia ancestral la que le permite hallar una raíz en la fugacidad. En el deterioro circundante:

Estas montañas nuestras
del interior,
casi olvidadas de tan familiares.
Casi invisibles de tan vistas,
no es seguro siquiera que no sean
enseres en un sueño.

Se insinuaba también allí una recuperación de la naturaleza, desde la renovada perspectiva de la ecología, y el replanteamiento en la orientación conceptual de una poesía que más que pretender transformar la realidad, con el mesianismo revolucionario que distinguía al nadaísmo, prefería mirarse a sí mismo en la contemplación del mundo. El poema breve, el haiku, como destello revelador de una tierra apocada por las nieblas cotidianas y la ceguera de la costumbre.

Agitar, conmover, escandalizar: lo que la tribu iconoclasta del nadaísmo, capitaneada por Gonzalo Arango (1931-1976) había proclamado en los textos canónicos de Jaime Jaramillo Escobar (1932), J. Mario (1940) y Eduardo Escobar (1943) ahora se ramificaba en un delta de propuestas más diversificadas. La voz del profeta se trocó por la voz de quien mira, se exalta, duda y reflexiona, de quien simplemente canta, incluso la miseria diaria. De ahí que hasta J. Mario haya sustituido la impugnación por la remem-branza.

Si el nadaísmo parecía asumir la rebeldía que se expresó por el mundo en el año axial de 1968, con el cuestionamiento juvenil de toda autoridad paterna, cualesquiera que fuese, los poetas posteriores como Darío Jaramillo (1947) cruzaron sus lecturas —de Platón a Felisberto Hernández, de Porfirio Barba Jacob a Graham Greene— para desplegar así un mapamundi más ancho y más complejo.

Donde el cuerpo expresaba su torturada sed de amor y el contorno de trillados objetos cotidianos podían devenir tan indiferente como sugestivo. Las cosas eran ahora fetiches que nos encandilaban con los sueños que habíamos introducido en su interior para hacernos compañía. Era el mundo quien contemplaba al poeta, dándole sentido, obteniéndolo en ese texto que ya no pertenecía a quien lo había escrito, como lo atestigua su último libro, donde la ciudad de Bogotá, vista con ojos de provinciano antioqueño, se llena de colores inéditos:

Es claro que la noche sale de las entrañas de la tierra,
repta por el piso oscuro
y luego sumerge al sol,
entre tinieblas lo hunde
—todavía el azul del cielo se resiste—
le saca sangre que tiñe los vidrios y los cerros.

Inocente de toda culpa, entregado, hasta perder la razón, a la maravilla inagotable de esas tierras calientes, próximas a los ríos Sinu y Magdalena, un poeta como Raúl Gómez Jattin (1945-1997) hacía de la luz imparcial de la poesía un escándalo público. Una exaltación y una denuncia. Una cele-

bración y un duelo. Era tan bello vivir, nos dice, y tan necesario amar sin límites, en un país que había resultado cruel e inseguro. Quizás por ello este recuento debe cerrarse con su figura.

También suicida, el siglo XX no parece dar tregua a los poetas colombianos, de José Asunción Silva a Raúl Gómez Jattin. Si bien sus versos integran un arte de soñar y vivir, la muerte termina por enseñorearse del conjunto. Intentan que emociones y recuerdos se hagan reales por obra del lenguaje y la inhumanidad de una cruel sevicia que se destruye a sí misma de paso quizás a una más sencilla comprensión de nosotros mismos. Sólo que la esquizofrenia que los médicos diagnosticaban en Gómez Jattin no correspondía apenas a su drama íntimo: era un mal nacional.

Si en los últimos años el país se ha embarcado en una exaltación nociva del consumo, en medio de la más afligente pobreza, para trascender quizás una inseguridad de base sobre sus orígenes, viviendo por encima de las posibilidades reales de una comunidad que subsiste desplazando, marginando y asesinando a quienes no considera sus hijos legítimos, la poesía, en el abrupto final de estas figuras, ponía en duda, con muertes y fracasos repetidos, todo el andamiaje aparente de un país interesado en la poesía.

Del mismo modo que el país de los infinitos recursos naturales no daba de comer a sus hijos, y el país de leyes no lograba ejercer una mínima justicia, así el país de poetas los encaminaba al suicidio, a la autodestrucción y al silencio de la escritura. Pero leerlos, releerlos, volver a interrogar sus esfinges, es apostar de nuevo por la poesía. Por ese espacio único donde todos tenemos cabida. Empecinada, ilusa, ella trata de volver real el mundo y perdurable su belleza fugitiva.